**AMIGOS EQUIVOCADOS**

Era un viernes por la noche, cuando me encontré con los chiquillos en la plaza. El aire estaba denso, como si la ciudad estuviera a punto de explotar, pero igual había un par de caras conocidas que no veía hace rato. "Oye, ¿qué onda con el auto que me contaste?", le pregunté al Lucho, el más metido en esas cosas raras. Y ahí comenzó la locura.

Resulta que uno de esos “amigos equivocados” había conseguido algo bien raro. Un auto... no, mejor dicho, un **auto volador**. Y no era cualquier cosa, hermano. El bicho tenía dos alas con una aleta en el techo y, encima, ¡un paracaídas! Pura tecnología de otro nivel, algo que ni el Seba, que es el más ñoño del grupo, había visto jamás.

El tema es que, como ya sabrán, uno de mis problemas siempre ha sido tener amigos que son bien prendidos. Así que en vez de ir al lugar donde deberíamos haber ido (no sé, al cine o algo tranqui), terminamos paseándonos con el auto a toda velocidad por la ciudad, y la cosa se fue de mambo. El Lucho, siempre queriendo lucirse, comenzó a hacer el ridículo, tirando el auto en picada por la autopista, mientras nosotros solo le decíamos “¡oye, para, que nos vamos a matar, hueón!” Pero ya no había vuelta atrás.

Y en eso, cuando íbamos por la costanera, vimos una sombra enorme viniendo hacia nosotros. "Parece que sí", dijo el Seba, mientras miraba hacia el cielo, casi sin creerse lo que veía. Era un **tiburón volador** gigante, con un par de alas enormes que brillaban como si fuera de otro planeta. Nos miró y, sin pensarlo, nos devoró las alas del auto. ¡Como si nada! Un par de mordiscos y ya. Nos quedamos con el **auto volador** hecho pedazos, pero lo peor es que… el bicho no se fue.

El tiburón siguió volando alrededor, y el auto, que ya estaba hecho mierda, comenzó a caer a la tierra, por pura inercia. ¿Y saben qué pasó? No se estrelló, no. ¡El auto se fue a vivir a la tierra! Como si tuviera otra forma de existir. De alguna forma, no necesitaba el aire ni las alas para seguir moviéndose. Se fue, dejó un rastro raro, como una especie de **portal**, y nosotros ahí, mirando cómo el **auto** desaparecía entre la niebla.

Yo, por mi parte, no entendía nada. Los cabros solo se reían, como si fuera una película de ciencia ficción. Pero para mí, eso no era un sueño ni una broma. Habíamos cruzado límites, ¿y qué nos quedaba ahora? Pensé que en el fondo el auto volador, con su forma de vivir rara, nos estaba diciendo algo. Tal vez no era solo para volar, tal vez… no éramos nosotros quienes debíamos controlarlo.

Ahí, en medio de todo ese caos, me di cuenta de algo: hay cosas que uno nunca debería desear. Y ahora tenía que enfrentar las consecuencias de haber estado con los **amigos equivocados**.

Fin.

**Autor: Mat-intelec**